



Huelgas, marchas y revueltas

Historias de la protesta popular en Chile, 1870-2019

**VIVIANA BRAVO VARGAS
CLAUDIO PÉREZ SILVA
(EDIT.)**



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

HUELGAS, MARCHAS Y REVUELTAS
HISTORIAS DE LA PROTESTA POPULAR EN CHILE,
1870-2019

VIVIANA BRAVO VARGAS Y CLAUDIO PÉREZ SILVA
EDITORES

Huelgas, marchas y revueltas

HISTORIAS DE LA PROTESTA POPULAR
EN CHILE, 1870-2019



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE Chile, 2022

Bravo Vargas, Viviana y Claudio Pérez Silva (edits.)

Huelgas, marchas y revueltas. Historias de la protesta popular en Chile, 1870-2019 / ed. de Viviana Bravo Vargas, Claudia Pérez Silva. - Santiago de Chile : FCE, 2022

458 p. : fots. ; 23 × 17 cm - (Colec. Historia)

ISBN 978-956-289-273-5

ISBN digital 978-956-289-274-2

1. Movimientos de protesta - Chile - Historia 2. Movimientos estudiantiles - Chile - 3. Movimientos obreros - Chile - Historia 4. Derechos humanos - Chile I. Pérez Silva, Claudio, ed. II. Ser. III. t.

LC F3101.B73 Dewey 303.61 B257h

Distribución mundial para lengua española

© Viviana Bravo Vargas y Claudio Pérez Silva

D.R. © 2022, Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Av. Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

www.fondodeculturaeconomica.cl

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Coordinación editorial: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Diseño de portada: Macarena Rojas Líbano

Fotografías de portada: Superior: Revuelta de la chaucha, 18 de agosto de

1949. Fotografía Patrimonial. Museo Histórico Nacional. Mauricio. Inferior: Estallido social, octubre 2019. Mauricio González Kowa.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-956-289-273-5

ISBN digital 978-956-289-274-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

ÍNDICE

Introducción

PRIMERA PARTE EL RÉGIMEN OLIGÁRQUICO Y LA CUESTIÓN SOCIAL, 1870-1930. LA IRRUPCIÓN DE LA PROTESTA Y LA ORGANIZACIÓN POPULAR

I. Entre motines y protestas. Conflicto político y rebeldía popular en Chile (1850-1891),

IGOR GOICOVIC DONOSO

II. Protestas y huelgas salitreras: transformaciones en la experiencia reivindicativa del proletariado salitrero bajo la *cuestión social*, 1870-1930,

PABLO ARTAZA BARRIOS Y NICOLE FUENTEALBA ROMERO

III. Politización y conflicto. La larga marcha de los trabajadores del carbón. Chile, 1900-1927,

HERNÁN VENEGAS VALDEBENITO

IV. La calle es política: movilización obrera en la ciudad y represión de la protesta. Santiago, 1905-1924,

JORGE NAVARRO LÓPEZ

SEGUNDA PARTE AUGE Y AGOTAMIENTO DEL MODELO DESARROLLISTA, 1930-1973. MASIFICACIÓN Y DESPLIEGUE DE LA PROTESTA POPULAR

V. “El pan grande fue un engaño”. Colaboración y conflicto

en

la zona carbonífera desde el Frente Popular hasta comienzos de la Guerra Fría,

JODY PAVILACK

VI. Cuerpos y formas de lucha campesina y mapuche y sus articulaciones con el movimiento obrero. Chile, 1ª mitad del siglo XX,

MARÍA ANGÉLICA ILLANES OLIVA

VII. Santiago y la *conquista de las calles*: La Revuelta de la chaucha en agosto de 1949,

VIVIANA BRAVO VARGAS

VIII. Santiago de Chile, 1970-1973: Movilizaciones obreras, cordones industriales y protestas urbanas durante la “vía chilena al socialismo”,

FRANCK GAUDICHAUD

TERCERA PARTE

INSTAURACIÓN, DESPLIEGUE Y CRISIS DEL NEOLIBERALISMO,

1973-2019. DIVERSIFICACIÓN Y RADICALIDAD EN LAS FORMAS DE LUCHA

IX. *Todos juntos y al mismo tiempo* contra la dictadura de Pinochet. El paro nacional del 2 y 3 de julio de 1986,

CLAUDIO PÉREZ SILVA

X. Del Mochilazo a la Marcha de los paraguas: la protesta estudiantil en el Chile neoliberal (2001-2011),

IVETTE LOZOYA LÓPEZ Y VIVIANA CUEVAS SALAZAR

XI. Contra la precarización laboral. Las luchas de los trabajadores subcontractados en el albor del siglo XXI,

JOSÉ IGNACIO PONCE LÓPEZ

XII. Un largo mayo en Chiloé: territorio y luchas socioambientales en el Chile neoliberal,

ROBINSON SILVA HIDALGO

XIII. Capitalismo, Estado y protesta social mapuche,

CLAUDIO ESPINOZA ARAYA

XIV. “Nos afirman muchas mujeres”: el movimiento
feminista y las luchas de las mujeres en la última década
(2011-2020),.

MÓNICA IGLESIAS VÁZQUEZ

XV. La lucha de calles y la revuelta de octubre de 2019,

VIVIANA BRAVO VARGAS Y CLAUDIO PÉREZ SILVA

INTRODUCCIÓN

“Se trata de aquellos modos de hacer y de sublevarse
que se repiten y renuevan a través de los tiempos (...)”

ADOLFO GILLY

LA HISTORIA de las luchas populares está grabada en la memoria de las calles céntricas y periféricas, está en las rutas que marcaron las marchas por la pampa, los puertos y las minas. En plazas, esquinas y caminos hay indicios de un largo trecho recorrido para detener —o al menos contener— la explotación asalariada, para demandar condiciones de trabajo y vida dignas, para ser reconocidos como interlocutores válidos, para hacerse ver y escuchar por quienes ejercen el mando y concentran la riqueza y el poder, y, sobre todo, para romper con la cadena insostenible de despojos, agravios y humillaciones.

En esa trayectoria surgieron liderazgos, organizaciones, banderas y nuevos horizontes de posibilidades, experiencias de rebeldía que se fueron transmitiendo entre generaciones y sedimentando en diversas tradiciones de lucha que conforman la historia de la protesta popular chilena. En esas *huelgas, marchas y revueltas* se conformaron complicidades y solidaridades entre iguales, colectivas, que permitieron desarrollar cuestiones fundamentales como la afirmación, la cohesión y la ruptura de un orden considerado normal. Un nosotros/as que se conjugó con el tiempo de la rebeldía y que rompió, al menos por algunos resquicios del calendario, el de la reproducción, sus órdenes y ordenamientos. Dio vuelta el reloj sobre la mesa para imponer la racionalidad de la

protesta, con sus tiempos, con sus modos rebeldes, con sus acciones, sus formas de lucha, sus demandas.

Por cierto, esto no ocurrió durante todo el siglo XIX, XX y lo que va de este, entre estas historias también hay silencios, reflujos, represiones, derrotas y vueltas a empezar. No es una historia lineal ni menos ascendente. No se ha tratado de una gran acción o hitos aislados, sino de una infinidad de luchas que nos permiten —si prestamos atención y cepillamos la historia a contrapelo, como proponía Walter Benjamin— capturar, escuchar, visualizar los antagonismos de clase, etnia y género que conforman la historia y el desarrollo del capitalismo en Chile.

En este libro, reconocidos/as historiadores/as y científicos sociales se reúnen para reconstruir las principales y más gravitantes manifestaciones de protesta que se desarrollaron desde fines del siglo XIX hasta la actualidad. Se trata de un arco histórico amplio, conformado por tres grandes ciclos estructurantes, que nos permite identificar y profundizar en aspectos clave de la protesta popular, como los sujetos, escenarios, las demandas, dinámicas y acciones recurrentes. Estos trabajos nos ayudan además a reconocer y explicar las continuidades que sedimentan tradiciones de lucha, también las rupturas e incorporaciones de nuevos repertorios con que aportan nuevas generaciones, así como las diversas apuestas económicas y políticas implementadas por el Estado y las élites dominantes.

El ciclo histórico de la primera parte del libro se inscribe en el marco del despliegue del capitalismo, particularmente desde la década de 1870 hasta la crisis del modelo primario exportador y los efectos de la crisis mundial de 1929. Lo hemos denominado: “El régimen Oligárquico y la cuestión social, 1870-1930. La irrupción de la protesta y la organización popular”. Este periodo se caracterizó por la existencia y permanencia de diversos conflictos políticos y sociales, muchos de ellos resueltos de manera violenta y con trágicas consecuencias en cuanto a pérdidas de vidas.

Varios son los procesos que permiten inscribir y configurar las características principales de los actores protagónicos de dicha conflictividad, como de las dinámicas y escenarios de esta. Por una parte, el ciclo de guerras que llevó adelante la élite chilena: primero, contra peruanos y bolivianos en la Guerra del Pacífico (1879-1884); luego, contra el pueblo mapuche a través de la denominada "Pacificación de la Araucanía", que significó una guerra de ocupación, despojo y aniquilamiento contra este pueblo en lo que actualmente es el sur de Chile (estos dos conflictos militares implicaron una importante extensión territorial y la obtención de cuantiosos recursos naturales para la oligarquía chilena); por último, una guerra entre la propia élite durante 1891, a propósito del control y las proyecciones políticas de las enormes riquezas que comenzaba a entregar el salitre recién conquistado en la Guerra de Pacífico.

Por otra parte, los conflictos nacientes al alero del proceso de modernización capitalista, que se consolidó inicialmente en el norte salitrero y se desparramó luego por puertos, ciudades principales y la zona del carbón en el sur de Chile. Este proceso permitió la emergencia del moderno proletariado y su transformación en un actor colectivo y protagónico de los más importantes conflictos sociales y políticos durante este periodo. Su relevancia estratégica en la producción de la riqueza minera (salitre y carbón), así como en el acopio y el traslado de esta, convirtió a los obreros en pilares fundamentales del modelo primario exportador y de la vinculación con la economía mundial.

No obstante, este fenómeno significó para la clase trabajadora una profunda tragedia como resultado de las paupérrimas condiciones de trabajo y de vida a la cual fue sometida, convirtiéndose en uno de los aspectos más visibles de la crisis del régimen oligárquico, ante la incapacidad de este de reconocer tanto las problemáticas

resultantes del proceso de modernización capitalista, como el surgimiento de nuevos actores sociales y políticos. La organización lograda y el proceso de politización llevado adelante al calor de las diversas luchas que protagonizó, situarán a la clase obrera como uno de los actores clave dentro de la crisis del régimen oligárquico durante la década de 1920.

En este escenario, las dinámicas más importantes de conflicto estarán marcadas por el rol central de las élites dominantes, la clase trabajadora y del Estado a través del control social, la contención política y la represión de la organización y la protesta popular. Al respecto, tanto la historiografía nacional como internacional ha incursionado en las diversas formas de organización y lucha desarrolladas por la clase obrera y los sectores populares, dando cuenta de las condiciones de explotación y vida de indígenas, trabajadores urbanos, de los centros mineros y principales puertos, mujeres, niños y campesinos. Pero sobre todo, se ahonda en la heterogeneidad del mundo popular, el proceso formativo de la clase obrera en el norte salitrero, en los componentes identitarios, los procesos de politización, la influencia y recepción de corrientes ideológicas, la construcción de sus principales expresiones orgánicas, el levantamiento de demandas sectoriales y programáticas, las estrategias y proyecciones políticas, así como en las numerosas y diversas huelgas y protestas obreras-populares.

En este marco se caracterizarán los iniciales y principales escenarios y actores de la protesta desencadenada en las zonas urbanas con mayor concentración de personas y que experimentaron los primeros efectos del despliegue del capitalismo, así como otros espacios clave de la dinámica capitalista chilena en este ciclo, como lo fueron los centros mineros y puertos. Bajo este contexto se encuentra el trabajo “Entre motines y protestas. Conflicto político y rebeldía popular en Chile (1850-1891)”, de Igor Goicovic,

quien al analizar e inscribir la serie de conflictos violentos que caracterizaron el proceso expansivo llevado adelante por la élite chilena entre 1870 y 1891, dentro del proceso más amplio de transición a la modernidad capitalista y consolidación del régimen oligárquico, estudia las principales incursiones en el espacio público por parte de los sectores populares y las formas recurrentes de protestas durante el periodo, particularmente las asonadas y motines urbano-populares. El trabajo de Goicovic realiza un recorrido histórico por las más importantes formas de intervención política del mundo popular en los escenarios de la élite, como sus conflictos bélicos y convocatorias políticas, destacando, por lo general, la tensa relación entre estos y los altos niveles de autonomía del primero respecto de los representantes de las clases dominantes.

Por su parte, Pablo Artaza y Nicole Fuentealba, en su trabajo "Protestas y huelgas salitreras: transformaciones en la experiencia reivindicativa del proletariado salitrero bajo la cuestión social, 1870-1930", estudian las diversas estrategias desplegadas por los trabajadores del salitre durante el ciclo expansivo de este mineral. Lo anterior les permite inscribir y vincular las particularidades de la protesta que se presentaba en este espacio minero con las principales dinámicas de la economía mundial. Profundizan en las condiciones de vida y en las protestas contra el orden social y político, lo que les posibilita analizar los procesos de conflictividad social y politización de los trabajadores pampinos. Recorren e identifican la emergencia del discurso clasista, la capacidad de convocatoria, los ámbitos de sociabilidad, las continuidades y las rupturas en cuanto a formas de organización y lucha por parte del mundo pampino, desde la primera huelga general del país, en la ciudad de Iquique durante 1890, pasando por el ciclo de movilizaciones desencadenadas a comienzos del siglo xx, las huelgas portuarias de 1916 y 1918 y las desarrolladas en el marco de la crisis salitrera

durante la segunda década del siglo xx, con sus trágicas consecuencias. Del mismo modo, se detienen en las dimensiones organizativas del movimiento obrero, que transita de una expresión provincial a una nacional.

Al igual que en el norte salitrero, la industria minera del carbón —presente en Lebu, Curanilahue, Lota, Coronel, Lirquén y Cosmito en la zona sur del país— también dio cuenta de numerosas y cruentas movilizaciones de trabajadores durante este periodo. Como señala Hernán Venegas en su capítulo, titulado: “Politización y conflicto. La larga marcha de los trabajadores del carbón. Chile, 1900-1927”, la historia de este espacio minero también experimentó la férrea explotación económica ejercida por los empresarios y sus administradores. Del mismo modo, precisa, fue respondida con organización, manifestaciones y huelgas por parte de los trabajadores y un ascendente proceso de politización popular. Bajo estos preceptos, indaga en las condiciones de vida de los mineros del carbón, en su capacidad organizativa, de movilización y de autonomía ante el Estado y las élites empresariales locales, las cuales, a juicio del autor, estarían sustentadas en una poderosa identidad de clase. Dichas capacidades obedecían, por un lado, a la articulación social configurada con otros actores productivos de la zona, incluso más allá del espacio regional, y por otro, a la conciencia que tenían los mineros del carbón respecto de su papel estratégico en el abastecimiento de este combustible para el país.

En relación con las expresiones de protesta popular, el autor realiza un barrido por los principales hitos huelguísticos de la zona durante las dos primeras décadas del siglo xx. Partiendo con el ciclo inicial de conformación de los espacios organizativos y de conflictividad, entre 1900 y 1907, los que se caracterizaron por su corta duración y carácter gremial. Describe las articulaciones sociales y políticas generadas al calor de la movilización popular, a través de la solidaridad con lancheros,

trabajadores portuarios, zapateros y diversas organizaciones sociales de la región, incluso del resto del país, donde también se desencadenaban procesos de gran similitud, como en los centros mineros del salitre. Además, el análisis de un ciclo más largo de movilización le permite identificar las continuidades y rupturas en las manifestaciones de protesta, resaltando, a partir de las huelgas de los años 1916 y 1920, las jornadas de movilizaciones previas como antesala de la paralización, la extensa duración de estas y la amplitud de actores involucrados.

Por su parte, Jorge Navarro, en su capítulo titulado “La calle es política: movilización obrera en la ciudad y represión de la protesta. Santiago, 1905-1924”, analiza las particularidades de las demandas y dimensiones de la protesta obrera en el espacio público y urbano. Modernización capitalista, crisis social y conflictividad política se articulan en la ciudad, la cual se convierte en escenario no solo de la tradicional huelga de trabajadores en su propio lugar de trabajo, sino en el escenario de múltiples articulaciones sociales que demandan mejoras, difunden sus ideas y se expresan recurrentemente en el espacio público. La ciudad se convierte, junto a la protesta, en el principal emplazamiento de la dinámica de politización popular. Navarro analiza la trayectoria de la protesta llevada adelante por los trabajadores organizados, las dimensiones sociales, políticas y espaciales de su convocatoria. Para ello, caracteriza el proceso de politización y de formación del carácter clasista del movimiento obrero en el espacio urbano, las distintas actividades políticas que permitieron tal logro y las diversas respuestas estatales ante ello. De esta forma, da cuenta de conferencias (tanto de anarquistas como de socialistas), debates, conmemoraciones (como las del 1° de mayo y el aniversario de la Revolución Rusa) y manifestaciones callejeras en demanda de trabajo, en

contra de la represión, la carestía de los alimentos y la vida, como fueron las convocatorias a las “marchas del hambre”, que, como veremos en la etapa final de este libro, fueron retomadas con fuerza, y a modo de tradición popular, por miles de trabajadoras y trabajadores durante los años desarrollistas y en el marco de la lucha en contra de la dictadura de Pinochet en los inicios de la década de 1980.

La segunda parte de este libro, “Auge y agotamiento del Modelo Desarrollista, 1930-1973. Masificación y despliegue de la protesta popular”, corresponde al ciclo histórico que abre con la conformación del llamado Frente Popular y cierra con el gobierno de la Unidad Popular, encabezado por Salvador Allende. Si desde la perspectiva de la protesta pudiésemos caracterizar esta etapa en una categoría, esa sería *masificación*. Presenciamos diversas formas de lucha que, si bien ya podemos registrar en las décadas pasadas, se vuelven cada vez más recurrentes y multitudinarias. En efecto, los años que transcurren entre fines de la década del 30 hasta el gobierno de Salvador Allende, constituyen un periodo en que poco a poco se multiplicaron los llamados *hechos de masas* en ciudades que crecen aceleradamente en sus fronteras y habitantes. Los procesos migratorios y urbanizadores promovidos por las políticas desarrollistas impulsaron a movimientos de trabajadores y a sus familias, desde el sur y norte del país, a buscar una mejor calidad de vida. Solo entre 1940 y 1952 la ciudad de Santiago creció en un 38%, llegando a concentrar un tercio de la población total del país en los años 60.

Recordemos cuáles eran las propuestas del modelo desarrollista: diversificar la estructura productiva e impulsar el crecimiento de un mercado interno que permitiese el desarrollo de las fuerzas productivas y la circulación de capital y mercancías; a falta de una burguesía que pudiese emprender la misión, le

correspondería al Estado tener un rol protagónico y activo en ese proceso; también se contemplaba democratizar las bases sociales, ampliando los mecanismos de participación popular, terminar con la desigualdad y la concentración de la riqueza, modernizar el campo y la ciudad, ampliar la red educativa y sanitaria. En efecto, hasta los años 40 se evidencia un crecimiento del aparato público y un impulso a la diversificación industrial, no obstante, en los años siguientes se desdibujarán los límites del proyecto y terminará por estancarse. Junto a las frustraciones de un proceso de desarrollo y modernización truncado, se resiente el déficit de viviendas y el peso de la constante inflación por sobre los salarios, con un mercado interno que lejos de expandirse al mismo pulso que el comercio y la industria manufacturera, acentuaba los niveles de desigualdad, inseguridad y exclusión de las mayorías.

La Guerra Fría también se sentía dentro de *la ciudad de masas*:¹ dividía sus trincheras ideológicas e incidía en su quehacer político. Pero la correlación de fuerzas, aunque aparentemente discontinua, gravitaba hacia la izquierda en su estrecho vínculo con los hábitos y la cultura política de las clases populares. Así lo ejemplificó la ampliación de las bases militantes; el poder de convocatoria de una combativa CUT, nacida en 1953 y liderada por Clotario Blest, en una serie de paros y huelgas que han sido graficados como el *volcán gremial*; y la alta votación para la candidatura presidencial de Salvador Allende en 1958. De forma paralela, la presencia activa de unos estudiantes que acumularon fuerza y voz hasta llegar al proceso de Reforma Universitaria.

Nos interesa recalcarlo. Fue en las fábricas, minas y oficinas; barrios, cerros y calles desde donde se ampliaron los espacios de la política, articulando demandas y alianzas que incidieron en ellas, y cuando la confrontación desafió los “principios de autoridad”, o fue considerada un peligro para el orden imperante, se aplicaron distintos mecanismos

de represión y neutralización que con diversos grados advertimos a lo largo de estos años. Como ha resaltado Tomás Moulián, los sectores dominantes debieron ensayar nuevas formas de dominación y disciplinamiento social, transitando desde el fin de la *Dominación defensiva* (1942-1946), y la breve pero sangrienta administración interina de Alfredo Duhalde, a la *Dominación represiva* (1948-1958) comandada por Gabriel González Videla e Ibáñez del Campo. Finalmente, el periodo concluyó en una *Dominación integrativa* (1958-1970), liderada por Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva, culminando con la elección de Salvador Allende.²

La clase trabajadora y los sectores populares no observaron impávidos, se organizaron, respondieron y presionaron al sistema. Una ola de huelgas, paros, revueltas, tomas y marchas inundó las ciudades y los campos. Se trataba de una clase obrera movilizada en minas e industrias, de un proletariado pobre o empobrecido que se alojaba en la periferia de las ciudades, de trabajadores de cuello blanco que aumentaban gracias al crecimiento del aparato estatal y de servicios de carácter privado, de campesinos que demandaban el derecho a sindicalizarse y negociar sus condiciones de trabajo y vida, de sectores estudiantiles y profesionales críticos ante la falta de perspectivas. Pero también, y esto fue fundamental durante el periodo, del desarrollo de una red de organizaciones de clase que lograron canalizar los impulsos de los sectores movilizadas y darles una expresión orgánica. Ellos y ellas fueron fuerza propulsora de las transformaciones y sentaron las bases para generar una plataforma favorable a los cambios, que cobrará hegemonía a fines de la década de 1960.³ Para entonces, como sostuvo Atilio Borón en 1975, al cuestionarse sobre las raíces histórico-estructurales que incidieron en la radicalización del proceso chileno, ya sería imposible gobernar el país sin introducir cambios de importancia en las condiciones

socioeconómicas y políticas bajo las cuales había funcionado el sistema en su conjunto.

De esta manera observamos un encadenamiento de luchas que toma fuerza y presencia, tal como demuestra para el caso de la minería del carbón la historiadora Jody Pavilack en el capítulo “*El pan grande fue un engaño. Colaboración y conflicto en la zona carbonífera desde el Frente Popular hasta comienzos de la Guerra Fría*”. Pavilack da cuenta de cómo se experimentó la llamada “promesa democrática colaborativa” del Frente Popular y los gobiernos radicales en la zona del carbón en el sur de Chile. Profundizando en las tensiones entre las familias trabajadoras, representantes del Estado y capitalistas privados, destaca las diversas formas de acción política y protesta popular que llevaron a cabo los trabajadores bajo el liderazgo y hegemonía comunista, en lo que considera el apogeo del Frente Popular en 1942, hasta su trágico final, signado por los eventos de octubre de 1947, en el contexto de la huelga del carbón. También describe cómo la trayectoria de lucha de los mineros estuvo marcada por huelgas, pliegos petitorios, concentraciones en plazas públicas, ollas comunes, marchas y caceroleos, e incluso utilización de dinamita para repeler a fuerzas policiales.

Pero no solo eran los mineros, también la zona sur se estremecía con lo que la historiadora María Angélica Illanes llamó “movimiento en la tierra”, haciendo referencia con aquello a la participación del movimiento campesino y de pueblos originarios, en tanto fuerza social que se sumó a la de trabajadores urbanos, generando *en conjunto* una significativa desestabilización del régimen capitalista, en las primeras cuatro décadas del siglo xx, pero con énfasis en los gobiernos del Frente Popular y radicales. De esta manera, el capítulo “Cuerpos y formas de lucha campesina y mapuche y sus articulaciones con el movimiento obrero. Chile, 1ª mitad del siglo xx”, afirma que el mundo social rural se encontró convulsionado “cuando irrumpe en la

escena nacional un nuevo discurso que enuncia los derechos del campesinado y pueblo mapuche y los llama a organizarse y a levantar la bandera de sus demandas y el rostro de su dignidad". El texto se pregunta sobre las distintas expresiones con que hicieron presencia y manifestaron sus demandas, identificando principalmente tres tipos de lucha de los campesinos apatronados: las movilizaciones por el derecho a la *sindicalización*, las batallas de los *pliegos de peticiones* y numerosas *huelgas*.

También la zona norte se encontraba en movimiento. El 17 de enero de 1946 comenzaba una extensa huelga en las minas de nitrato de Mapocho, en la provincia de Tarapacá y Humberstone, motivada por el drástico aumento de precios de los bienes de consumo básico en la pulpería y la modificación unilateral de las condiciones de trabajo. La zona fue decretada en Estado de Emergencia y militarizada. Además, se les canceló la personalidad jurídica a los sindicatos implicados, comenzando por la clausura de sus sedes y el desafuero de dirigentes. Como respuesta hubo manifestaciones de solidaridad y protesta en distintas ciudades del país. En Santiago, miles llegaron al centro de la ciudad en lo que fue conocida como la masacre de la Plaza Bulnes, donde cayó muerta la joven Ramona Parra y otros cinco trabajadores. Una movilización que se emparenta con la huelga del carbón desarrollada entre el 27 de diciembre de 1945 y el 15 de enero de 1946, con la huelga del salitre que se extendió desde el 17 hasta la primera quincena de febrero del mismo año y con el paro nacional del 30 de enero, y del 4 al 8 de febrero de 1946, convocados ambos como repudio a la represión en la Plaza Bulnes.⁴

Las luchas populares continuaron desarrollándose en los años siguientes, incluso durante los tiempos más duros de la Ley Maldita. Poco se ha indagado en las protestas durante dicho periodo, las que en apariencia desaparecen, ya que efectivamente la huelga tuvo un importante

descenso a partir de las implicancias de la ofensiva antiobrera de González Videla y la promulgación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia (LDD) en 1948. Pero la protesta no desaparece, sino que debió reconfigurarse bajo el formato clandestino, más pequeño y fugaz. Es posible observarla a través de diversas acciones de resistencia, encabezadas principalmente por jóvenes comunistas que protestaban contra la proscripción de su partido y persecución de sus militantes: rayados hechos de alquitrán en las paredes, actos de sabotaje contra el tendido eléctrico, manifestaciones relámpago en el centro de Santiago, distribución y venta de prensa y panfletos clandestinos, improvisados discursos fuera de las fábricas, entre otras.

No está de más considerar, tal como señala Viviana Bravo Vargas en su texto “Santiago y la *conquista de las calles*: La Revuelta de la chaucha en agosto de 1949”, que tanto los sucesos de 1949 como los de la revuelta de abril de 1957 se produjeron en plena vigencia de la LDD. Se trata, en definitiva, de dos revueltas que son parte de un mismo ciclo y que marcan un arco de tiempo en que se manifiesta a viva voz la crisis del desarrollismo, y el cansancio de la clase trabajadora ante las constantes alzas que encarecían la vida y depreciaban sus sueldos y salarios. Además de una atmósfera de opresión y persecución política. De hecho, observaremos formas de lucha sumamente parecidas en ambas revueltas, como volcamiento de microbuses, destrucción e incendio de garitas, rompimiento de vidrios y vitrinas, marchas por el centro de la ciudad, concentraciones fugaces en diversas poblaciones, lanzamiento de piedras a los símbolos del poder político y económico, barricadas y obstáculos al tránsito vehicular. Pero también diversas huelgas en fábricas y minas, retiro de trabajadores/as fuera de reloj e improvisados discursos invitando a otros a sumarse al movimiento.

La Revuelta de la chaucha abonó el terreno para continuar con la organización y movilización de los trabajadores. No solo presenciamos un repunte de la huelga obrera, sino también de los paros nacionales, esta vez convocados por la CUT, en la década de 1950 y 60. En ellos se yuxtaponen las tradiciones de lucha que hemos referido. Por ejemplo, el paro nacional de 1962, si bien fue recordado por la matanza en la población José María Caro, tuvo un importante impacto urbano en distintos puntos de la ciudad. Hubo concentraciones en diversas zonas de Santiago, marchas y discursos; también colocación de durmientes en la vía férrea para evitar el paso de los trenes, barricadas en algunas calles y enfrentamientos a piedras con carabineros, repudio e incluso golpes a los rompehuelgas, juicios populares teatralizados *en las quemas del mono*, cierre violento de negocios e imponente presencia en los velorios de los caídos. Fueron hechos políticos de masas.

En resumen, si bien durante el periodo la huelga fue una herramienta poderosa de presión y confrontación, los/as trabajadores/as y clases populares echaron mano de diversas formas de lucha sedimentadas históricamente con las que intervinieron y se empoderaron en el espacio público y colectivo para transmitir y socializar el descontento. Con trayectorias históricas distintas, diversos liderazgos, alianzas, formas de lucha y ocupaciones de la ciudad, las grandes mayorías actuaron conjuntamente y lograron interpelar al poder, conquistar espacios y aportar a un proceso de democratización social y ascenso del movimiento popular, que culminaría en la elección de Salvador Allende y el proceso de la Unidad Popular.

Y justamente a desentrañar la lucha de calles en dicho periodo aporta el trabajo de Franck Gaudichaud, "Movilizaciones obreras, cordones industriales y protestas urbanas durante la 'vía chilena al socialismo'. Santiago, 1970-1973". Concentrándose en lo que llama *la*

territorialización de las luchas obreras en la ciudad de Santiago, sostiene que la protesta popular y el conflicto de clase estaban claramente situados en la geografía urbana de Santiago. Por lo tanto, las movilizaciones de trabajadores y sus sindicatos que respaldaban a la Unidad Popular y se enfrentaban a sus patrones, irrumpieron en el espacio productivo, en las empresas y fábricas, pero también en las calles y avenidas, tanto en el centro como en las periferias de la capital, a través de diversas formas de lucha. Destaca la gestación de formas autoorganizativas que vinieron a interrogar, subvertir y transformar el conjunto de los territorios de la ciudad, a través de los cordones industriales, la huelga y diversas estrategias de lucha callejera, como manifestaciones, desfiles, barricadas y bloqueo de caminos. Además, la toma de fábricas (a veces incluso manteniendo la producción) fue una de las más significativas movilizaciones obreras, con las asambleas sindicales o el involucramiento en diversas formas de abastecimiento directo en los momentos de crisis y boicot económico.

Como sabemos, el golpe cívico-militar del 11 de septiembre de 1973 marcó una profunda transformación de la sociedad chilena, del régimen político y la relación estatal conformada durante el siglo xx. La reestructuración del capitalismo en Chile en su forma neoliberal implicó un proceso de privatizaciones y recortes del presupuesto social, aunado a la supresión de las libertades civiles, redadas y arrestos masivos, torturas, ejecuciones y desapariciones. Entre las llamadas *siete modernizaciones* impulsadas por los economistas del régimen, hubo reformas fundamentales que implicaron la privatización del sistema de seguridad social, bajo las llamadas Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), y de la salud, con el advenimiento de un sistema llamado Institución de Salud Previsional (Isapres). Además, se implementó un nuevo Código Laboral, que precarizó y

atomizó las relaciones laborales, entre otras medidas. La institucionalización de las transformaciones estructurales se concretó con la redacción final de la nueva Constitución Política de Chile en 1980, que, elaborada por un pequeño grupo de partidarios del régimen bajo cuatro paredes, vendría a reemplazar la de 1925.

Diversos economistas sostienen que los costos de la transformación neoliberal, evidenciados con la crisis económica de 1981-82, fueron cargados por los hombros de los sectores más desposeídos. Pero ante el nuevo contexto político y económico, fueron miles quienes salieron a las calles impulsando uno de los ciclos de rebelión popular más extensos que conoce la historia de Chile, conocido como las Jornadas Nacionales de Protesta contra la dictadura, desarrolladas desde el 11 de mayo de 1983 y mantenidas, con mayor o menor intensidad, hasta el final del régimen. En ellas observaremos la articulación y convergencia de las diversas tradiciones de lucha que hemos recorrido en las décadas anteriores.

Los trabajos agrupados en esta tercera parte, denominada “Instauración, despliegue y crisis del neoliberalismo, 1973-2019. Diversificación y radicalidad en las formas de lucha”, abordan justamente los alcances, las formas, los significados y la heterogeneidad de los actores y escenarios protagónicos de la protesta popular antineoliberal. Bajo este marco, Claudio Pérez, en el capítulo titulado “Todos juntos y al mismo tiempo contra la dictadura de Pinochet. El paro nacional del 2 y 3 de julio de 1986”, analiza una de las jornadas de movilización popular más importantes y características en contra de Pinochet. Por su masividad, radicalidad y combatividad; por la diversidad de formas de lucha desplegadas en todo el país; por la multiplicidad de actores sociales y políticos involucrados, y los niveles de organización y articulación nacional; por la cruenta represión desatada por el conjunto de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, el paro nacional

del 2 y 3 de julio de 1986 fue el hito más álgido y significativo en cuanto al ciclo de movilizaciones antidictatoriales. En función de dicha importancia, el autor caracteriza y analiza las principales dinámicas, escenarios y actores involucrados en aquella jornada de paralización, destacando, en particular, la participación de la clase trabajadora y pobladores.

Las consecuencias políticas que trajo este paro nacional, más el descubrimiento de toneladas de armas ingresadas clandestinamente por el Partido Comunista de Chile, con el objetivo de asegurar y apertrechar la “Sublevación Nacional”, y el fracasado atentado contra Augusto Pinochet por parte del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (aparato militar del PCCh) en septiembre de 1986, implicó el aislamiento y la inminente derrota de la izquierda chilena que apostaba por la salida popular y la derrota del régimen. En este escenario, se produjo el marco político para la transición pacífica a la democracia a través del plebiscito que definía la continuidad de Augusto Pinochet en 1988. En ese contexto, millones de chilenas y chilenos salieron a las calles y se movilizaron tal como lo venían haciendo en los complejos años anteriores: con actos masivos, marchas, conciertos, concentraciones y diversas acciones que se tomaron el espacio público, en una colorida campaña, cuya consigna era “¡Chile, la alegría ya viene!”. El triunfo de la opción NO y el llamado a elecciones libres para el año 1989, trajeron como resultado la derrota del candidato de continuidad de la dictadura y el inicio de los gobiernos civiles hegemónizados por la antigua oposición a Pinochet.

No obstante, las medidas de profundización del neoliberalismo, así como el despegue definitivo e internacionalización del modelo impuesto en dictadura, se llevaron adelante bajo los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, particularmente durante las administraciones de Patricio Aylwin (1990-1994), Eduardo Frei (1994-2000) y Ricardo Lagos (2000-2006). La

intervención del mercado en áreas sensibles como educación, salud y previsión social, parecía no ser objeto de discusión y decisión política.

Sin embargo, tempranamente y acumulando organización y fuerza, el movimiento estudiantil vuelve a tomarse las calles para protestar por las consecuencias del modelo construido por la dictadura. Quizás las imágenes más asombrosas que recorrieron el mundo fueron las del año 2011, con multitudinarias concentraciones y mediáticos liderazgos, los que lograron posicionar una demanda histórica por una “educación gratuita, de calidad y sin fines de lucro”, que cuestionaba, en definitiva, el alma del sistema. Este fue un proceso de organización y presencia pública, en que los estudiantes secundarios tuvieron un papel central, tal como dan cuenta los antecedentes con los que contribuye el trabajo de Ivette Lozoya y Viviana Cuevas, “Del Mochilazo a la Marcha de los paraguas: la protesta estudiantil en el Chile neoliberal (2001-2011)”.

La clase trabajadora también se hizo presente durante este ciclo histórico, por medio de una serie de protestas y huelgas desplegadas a lo largo y ancho de todo el país, a través de las y los trabajadores subcontratados, cuyas experiencias concretas eran el producto del neoliberalismo en el mundo del trabajo. Con el objetivo de dar cuenta de estas expresiones de protesta, Ignacio Ponce, con su capítulo “Contra la precarización laboral. Las luchas de los trabajadores subcontratados en el albor del siglo XXI”, problematiza la idea de un nuevo sindicalismo y estudia el ciclo huelguístico de trabajadores subcontratados entre 2006 y 2009 a través de su accionar, las características de los liderazgos y el desarrollo de estrategias por parte de los movilizadores. A juicio de Ponce, este fenómeno más que significar la emergencia de un “nuevo sindicalismo”, implicó la revitalización de las luchas de las y los trabajadores chilenos durante esta década, produciéndose una especie de mixtura de concepciones y prácticas

sindicales y de luchas novedosas, pero bajo los contornos de la cultura política sindical chilena.

Por otra parte, los actores sociales y las luchas se diversifican, dando cuenta de la amplitud de malestares que conmueven y persisten en la sociedad chilena y que son protagonizados por los llamados “nuevos movimientos sociales”, aunque sus historias y demandas estén lejos de ser nuevas, como las numerosas y diversas luchas de carácter emancipatorio y por la autonomía desplegadas por el pueblo mapuche. De esta manera, el texto “Capitalismo, Estado y protesta social mapuche”, del antropólogo Claudio Espinoza Araya, sostiene que las acciones de las organizaciones, los líderes y las comunidades mapuche que observamos en la actualidad obedecen a una historia más larga y compleja y que, en definitiva, se trata de una respuesta colectiva a procesos avasalladores que afectaron de manera violenta y decisiva el desarrollo de su historia.

Por su parte, el movimiento feminista, que ha colmado las calles del país levantando voces y banderas en contra del patriarcado, también se caracteriza por su diversificación y multiplicación. Tanto los aspectos organizativos como programáticos y proyectuales alcanzados, le dan a este movimiento una transversalidad importante en relación con otros actores sociales. En este sentido, el texto de Mónica Iglesias, “‘Nos afirman muchas mujeres’: El movimiento feminista y las luchas de las mujeres en la última década (2011-2020)”, reconstruye las articulaciones actuales del feminismo y las luchas históricas que han dado las mujeres en periodos anteriores, así como su vinculación con las múltiples resistencias en diversas dimensiones de la vida. De esta manera, la autora sostiene que uno de los grandes desafíos del movimiento feminista actual es desplegar procesos de lucha desde la particularidad y diversidad que caracteriza a las distintas mujeres, articulando múltiples resistencias a los agravios y violencias que viven, tejiendo puentes y densificando el feminismo y las luchas por la

transformación radical de la sociedad, en un sentido anticapitalista y antipatriarcal.

También en la geografía chilena se expresan otras movilizaciones, como los conflictos y masivas protestas socio-ambientales desencadenadas en algunas regiones del país en contra del modelo centralista y extractivista, las cuales alcanzaron significativos niveles de unidad y combatividad, como fueron los casos de Aysén (cuotas de pesca y batallas territoriales contra la represión), Freirina (demandas por calidad de vida y contra la contaminación de aguas y aire por parte del *holding* Agrosuper) o Chiloé y Quintero ante los periódicos episodios de contaminación (“Zonas de sacrificio”).

En el capítulo titulado “Un largo mayo en Chiloé: territorio y luchas socioambientales en el Chile neoliberal”, Robinson Silva nos aporta luces para comprender a través de la situación producida en Chiloé en 2016, con la varazón de peces y la putrefacción que contaminó todo el sector, la subsecuente movilización de los trabajadores de la pesca y las comunidades. En ese contexto se articuló una serie de demandas que respondían al daño socioambiental, el abandono del Estado, los derechos territoriales y, por último, la instalación de nuevas demandas asociadas a la plurinacionalidad y derechos culturales y de género. De esta manera, al fragor de la protesta chilota, podemos calibrar un proceso de politización que se expresa en movilizaciones y asambleas territoriales, pero, sobre todo, a una generación de activistas chilotes que, motivados por la cuestión socioambiental, se movilizan a través de una crítica profunda al régimen neoliberal en tanto afecta diversas dimensiones de sus comunidades.

Estas demandas, actores y movilizaciones convergieron en la revuelta popular de octubre de 2019. Una protesta amplia y transversal, que daba cuenta del agotamiento y frustración en la sociedad chilena después de treinta años de neoliberalismo. Tal como expresa el texto “La lucha de